

en fin en último extremo, se podía refugiar detrás del Oder, abandonando, es verdad, la monarquía, pero salvando el ejército, que á su vez podría salvarlo todo. Tales eran las prudentes resoluciones que en aquel momento mismo Dumouriez se esforzaba en hacer prevalecer en la corte de Berlín con

la autoridad de su antigua experiencia militar apoyado por las memorables lecciones del año precedente. Pero en vez de replegarse sobre la orilla derecha del Saale, el ejército de Brunswick continuó acampado entre ese río y el bosque de Thuringia, en una posición casi descubierta, y hasta sin tomar



LEHRBACH

la precaución de guardar los numerosos desfiladeros por los cuales podía ser abordado.

Napoleon estaba ya dispuesto para aprovecharse de esas faltas, pero quiso que el nuevo golpe que iba á dar á las potencias continentales en la persona del rey de Prusia fuera ruidoso y más terrible que ninguno de los que había dado hasta entonces, á fin de quitarles para siempre la idea de la resistencia. Jamás se dirigió más inmenso esfuerzo contra un Estado que no era después de todo más que un

Estado de segundo orden, jamás se abrió lucha alguna en condiciones más desiguales. Sus tropas destinadas á operar inmediatamente contra el ejército de Brunswick se elevaban según confesión propia á cerca de 200.000 hombres al minimum de 190.000. «Tendré 200.000 hombres en el campo de batalla,» escribió Napoleon á su hermano Luis el 30 de Setiembre. «Marcharemos en un batallón formando un cuadro de 200.000 hombres,» le dice á Soult el 5 de Octubre, y añádele: «con esta inmen-

sa superioridad de fuerzas puedo atacar al enemigo en donde quiera que se presente con fuerzas dobles.» Esas confesiones merecen más confianza que las mentiras ordinarias de los boletines en los cuales al otro día de la batalla la proporción de los dos ejércitos se encuentra invariablemente cambiada en sentido inverso.

Esas tropas que debían operar directamente bajo sus órdenes, no eran en cierto modo más que el lujo y el sobrante del innumerable ejército que en todos los puntos del imperio estaba pronto á marchar para reemplazarlas en caso de necesidad.

Napoleon dejaba detrás de él, para asegurar sus comunicaciones, los 50.000 hombres de la confede-



ración del Rin; en Wesel tenía un cuerpo de treinta mil hombres á las órdenes del rey Luis. Ese príncipe tenía encargo de hacer decir á los periódicos que sus tropas subían á 80.000 soldados y que iban á invadir la Westphalia, 20.000 hombres guardaban á Maguncia á las órdenes de Mortier. A esas fuerzas se juntaban sobre las del Norte y Este doce mil guardias nacionales movilizados y 30.000 reclutas que con Brune al frente continuaban guardando las costas.

Marmont con 20.000 hombres concentrados en Zara, en Iliria, Eugenio, el virey de Italia con cuarenta mil hombres apoyados en Venecia y Palmánova, pudiendo en caso de necesidad reforzarse con 30.000 hombres tomados á José; estas eran las tropas que le garantizaban la tranquilidad de Austria. Esta por otra parte no se preocupaba gran cosa de las desgracias que preveía para Prusia. Ese vasto círculo de defensa, que abrazaba ya cerca de la mitad de Europa, estaba consolidado con una línea de

plazas fuertes inexpugnables que se extendían de Amberes á Braunan, es decir, del Océano al Inn.

En su ardor para concentrar contra Prusia todos los recursos y todos los medios de que podía disponer; pensaba ya Napoleón en explotar contra ella las ilusiones del patriotismo polonés, así organizaba bajo las órdenes del general Zajonchek, una legión polonesa destinada á operar más tarde en el ducado de Varsovia.

El ejército francés acababa su movimiento de concentración en la alta Franconia, sobre los lindes mismos de ese bosque de Thuringia ocupado del otro lado por el ejército prusiano. Para operar ese movimiento no se había tenido más que franquear las etapas que separan la Suabia y el alto Palatinado de Wuzburg y de Bamberg. El ejército francés se desarrolló de Kronach á Hilburghamen, amenazando todos los desfiladeros que iban á desembocar sobre el frente de las tropas de Brunswick. Es en esta situación misma en la que debía Napoleón buscar los elementos de su plan de campaña, y no hay por que discutir la fantástica hipótesis de una marcha sobre Westphalia, sólo por el placer de darse á lo que parece un paseo de doscientas leguas y el obstáculo del Weser.

Napoleón no distaba del ejército prusiano más que cinco ó seis leguas; podía, pues, á su voluntad, atacarle por la derecha por Eisenach y Gotha, ó por su izquierda por Hof y Schleitz. En el primer caso arrojaba á los prusianos sobre su línea de retirada natural, es decir, sobre la Sajonia y el Elba, en el segundo les cortaba de una y otro, y les cortaba con fuerzas hasta tal punto superiores, que esta operación siempre muy crítica á igual número, no ofrecía ningún peligro para él en los supuestos más desventajosos, y por lo contrario equivalía para Prusia á una destrucción total.

Advertido de los movimientos del ejército francés el duque de Brunswick concentró su ejército en los alrededores de Weimar; llamó á sí al cuerpo de Hohenlohe, pero no dejó más que grandes guardias en los pasos del bosque de Thuringia, olvidando la magnífica demostración con la cual había probado Moreau en Hohenlinden el peligro de una operación semejante á la que se iba á emprender. Obligado el ejército francés á dividirse para franquear los desfiladeros, pudo desembocar impunemente en Sajonia por tres puntos diferentes, en una extensión de más de quince leguas, por Hof, por Saalburg y por Gra-

fenthal: ahora bien, no es dudoso que si Brunswick hubiese concentrado todos sus esfuerzos sobre uno de esos cuerpos aislados, no hubiese comprometido gravemente el éxito de las operaciones subsiguientes de Napoleón. Mientras Napoleón ejecutaba este tan importante paso, Brunswick continuaba como dormido en Weimar, y en una inacción tal que no tiene interés examinarles diferentes planes de campaña que se le han prestado puesto que no hizo nada para realizarlos.

Las tropas francesas se difundieron en seguida por una y otra orilla del río Saale, apoyando sobre todo en la derecha, de modo que se bajaba el río paralelamente al ejército prusiano. Un primer combate tuvo lugar el 8 de Octubre en Saalburg, entre un destacamento enemigo y la caballería de Murat; al otro día, Bernadotte rechazaba en Schleitz al general Tanenzin. Lannes, cuyo cuerpo de ejército formaba la izquierda de las tropas francesas con el de Augereau, encontró el 10 de Octubre en Saalfeld la vanguardia de Hohenlohe, mandada por el príncipe Luis de Prusia. Esta vez los dos adversarios eran dignos uno de otro pero las posiciones estaban lejos de ser iguales.

Desbordadas las tropas prusianas desde el principio de la acción, no pudieron mantenerse delante de la impetuosidad de Lannes; después de una corta resistencia cedieron en todos los puntos. Desesperado el príncipe de su contratiempo cuyo mal efecto comprendía en el principio de una campaña, contuvo la derrota y volvió sus soldados al fuego. Varias veces cargó al frente de su caballería, y por un momento llegó á restablecer el combate. En una de esas cargas, metido en lo más fuerte de la pelea, se le vió comprometido cuerpo á cuerpo con los franceses, luchando como un hombre decidido á no sobrevivir á su derrota, rehusando rendirse aún después de haber visto caer á todos los que combatían á su alrededor. Un húsar, á cuya intimación para que se rindiera respondió con un sablazo, le pasó de parte á parte. De esta manera expiró, á la entrada misma de su país natal invadido, ese generoso joven que parecía destinado á los más altos destinos. Si no le fué dado llenarlos, por lo menos no vió su patria profanada por el extranjero; escapando además al espectáculo de las humillaciones sin nombre, que un vencedor implacable iba á infligir á su país y á su casa.

Napoleón estaba en Schleitz. De aquí llevó su cuartel general á Auma, luego á Gera, —12 de Octubre,—poco más ó menos á la altura de la ciudad de Jena. En los alrededores de esta ciudad estaban

establecidas las avanzadas del ejército de Brunswick, siempre acampado entre Erfurt y Weimar, á algunas leguas más lejos. La marcha adelante de los franceses por la orilla derecha del Saale, en donde la caballería de Murat había ya alcanzado Neumburg, reveló al fin al viejo mariscal las intenciones de Napoleón; comprendió que se le iba á separar de Sajonia, y á esperarle en el Elba superior, tal vez en Magdeburg, el punto más esencial de su línea de retirada. Tomó en seguida la resolución de levantar el Campo con la mayor parte de su ejército y marchar costeano el Saale hasta Magdeburg, dejando detrás el cuerpo de ejército de Hohenlohe y el del general Rüchel, con la misión de reunir algunos destacamentos que se habían atrasado. Esto era dividir sus fuerzas en el momento mismo en que se iba á combatir, esto es cuando más importaba que estuvieran reunidas.

Para operar ese movimiento con seguridad, era para él de un interés capital guardar en su posesión los pasos del Saale hasta el punto en que éste se arroja en el Elba, y particularmente á Neumburg, ciudad colocada en su línea de retirada, y por donde podían presentarse los franceses sobre su flanco y detener su marcha. El duque de Brunswick comprendió esta necesidad y dió orden á uno de sus generales de ocupar á Neumburg, pero todo esto fué hecho con tanta lentitud y desaliño, que los cuerpos de Davout y de Bernadotte habían tenido todo el tiempo necesario de apoderarse de esta posición y de establecerse en la orilla izquierda del Saale, cuando se pensó en contenerles.

El príncipe de Hohenlohe que estaba mucho más amenazado que Brunswick, puesto que, con el contingente más débil del ejército prusiano, hacía frente á la parte más fuerte del ejército francés, mandado por Napoleón, puso todavía una más inconcebible negligencia en guardar el paso del Saale en Jena. Mientras que Brunswick se escurría en dirección á Naumburg, Hohenlohe le había reemplazado al rededor de Weimar en Jena, pero ni siquiera puso un cuerpo de observación en esta ciudad, de modo que Lannes pudo establecerse en las alturas que lo dominan, en presencia de las vanguardias prusianas que se extendían de Cospoda á Closewitz.

Tal era la situación de los dos ejércitos, el 16 de Octubre por la mañana. Brunswick marchaba con el rey y cerca de 70.000 hombres sobre Naumburg y en dirección al desfiladero de Roesen, en donde iba á encontrarse con el cuerpo de Davout; Hohenlohe atrincherado sobre el camino de Jena á Weimar con cerca de 40.000 hombres, se disponía para

seguirle tan pronto hubiese reunido los 20.000 hombres del cuerpo del general Rüchel que habían quedado rezagados. Lo que no esperaba era verse atacado en Jena, en vista de las dificultades que había para que un ejército numeroso pudiera desembocar por las alturas de Landgrafenberg que coronan la ciudad; así creía que el cuerpo de Lannes que se había establecido en ellas estaba allí de observación y no como columna de ataque. Napoleón por lo contrario había resuelto concentrar en este punto el grueso de su ejército. Por lo demás no conocía sino imperfectamente la posición real del ejército prusiano. Creía aún tener en frente de él casi todas las fuerzas de Brunswick y por consiguiente se figuraba haberlas completamente envuelto. «El ejército prusiano ha sido preso en flagrante delito, está envuelto,» escribía en la misma mañana de la batalla en su Boletín: 13 de Octubre. Y otro tanto decía en todos los despachos escritos en la víspera. Este error le hizo cometer una falta que estuvo á punto de pagarla cara. En la persuasión de que los desfiladeros de Roesen y Naumburg no serían asaltados sino por un ejército ya por él derrotado, juzgó que el cuerpo de Davout sería bastante para guardar esta posición y llamó á sí á Bernadotte, lo mismo que la caballería de Murat que había tomado la misma dirección, en Dornburg, punto el más próximo á Jena, y en donde se proponía utilizarles para la batalla que él mismo quería presentar.

Napoleón empleó toda la tarde y una parte de la noche del 13 de Octubre en hacer subir á su ejército las escarpadas alturas del Landgrafenberg, y en dar á sus diversos cuerpos su posición de batalla. Augereau fué colocado á la izquierda, en la carretera de Weimar; Soult en Lobstaedt, con la derecha; en el centro, en la meseta, estaban Lannes, Ney, Murat que había acudido á toda rienda con su caballería ligera de Dornburg, y en fin Napoleón mismo con su guardia. El conjunto de esas fuerzas formaban más del doble del ejército de Hohenlohe. El 14 de Octubre por la mañana, Lannes, en medio de una espesa niebla recibió el encargo de despejar el terreno, á fin de permitir á nuestro ejército que se desplegara; atacó las avanzadas prusianas con un vigor que muy pronto les hizo comprender que tenían delante de sí otra cosa que un cuerpo aislado. Sin embargo se mantuvieron algún tiempo en los pueblos de Clorewitz y de Cospoda, pero no tardaron en ser arrojados de ellos; y con esto fué cuando Hohenlohe averiguó que iba á tener que habérselas con todo el ejército de Napoleón. Hizo tomar en seguida las armas á sus tropas, apresurándose á lla-